

Estocada

Marizel Estonillo

Estocada

 Ediciones de las tres lagunas

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción, almacenamiento o transmisión parcial o total de esta obra por cualquier medio mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia u otro procedimiento establecido o a establecerse, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Estonilo, Marizel

Estocada - 1a ed. - Junín : De Las Tres Lagunas,
2006.

72 p. ; 20x14 cm.

ISBN

1. Poesía Argentina. I. Título
CDD A

Ediciones de las Tres Lagunas

Después de la estocada,

el poema es la cicatriz.

Piedra de alumbre

*Fue una profunda marca en los labios
Un profundo rasguño en la piel allí donde el tiempo se graba para siempre.*

Odysseas Elytis

Yo extendería mi piel sobre tu cuerpo.

Pretendería envolver lo que ilumina.
Como aquel manto.
Como el farol en las noches
de las calles de un pueblo que envejece.

Alumbraría los días con las promesas del fuego crepitando.
Con los dedos sobre el surco de tu herida tibia.
Y propondría un juego elemental.

Recrearía la vida entera.

Volvería a ordenar las estaciones y los trópicos
/a la conveniencia de las mareas.

Dejaría la marca del vapor como un testimonio del agua herida
/por el fuego.

Y confiaría en este tiempo verbal donde lo posible
queda suspendido en esa melancolía atravesada de vitalidad
como albergando la promesa de otra historia.

Con la sustancia ahí tan cerca.
Tan a la mano del alquimista que mezcla y purifica.
Tan en el umbral del espíritu cuando despliega
y transporta
La luz que esparce la fusión de dos oscuridades ebrias.

Danza

Un gesto atraviesa el espacio, hace nacer la forma.
La forma se entrama con el tiempo

y lo extraño de nosotros nos danza.

Del temblor al estremecimiento los lugares surgen del espacio.
Giros y piruetas para descentrar al vértigo.
Inhalación del movimiento en el pliegue.
Espasmo del dolor vertebrado en el arco de la angustia
en el latigazo del lamento.

Acariciar lo inefable.

Entrever en la extensión de la mano el roce de la piel de Dios.

Elevar los pies con la elocuente amplitud de la fe,
con el coraje del salto,
las diagonales del tedio que fuga,
las espirales del asombro y la pasión,
el desafío de la dicha en el vértigo del infinito.

Planos y densidades en los torbellinos de la furia y el pánico,
languidez que cae haciendo lluvia en la tristeza...

Un cuerpo es el soporte... Un columpio entre cielo y tierra.

La excitación de un vacío que gravita en el crepúsculo.

La Noche del Día de los Magos

a Agustín Alezzo

*“...un lugar aquí, en torno,
donde andamos a tientas...
a una distancia mínima...”*

Yorgos Seferis

Rodeaba,
Buscaba alrededor.
Abrazaba de lejos, acercándome,
cada vez más cerca sin saberlo.
Algo decidido y contundente guiaba mis pasos.
Y sin embargo
amparaba toda la suavidad.
Esa sabia discípula contenida en el miedo.

Solos estuvimos, todos,
Conocimos la noche temprano.
Mientras otros jugaban con triciclos.
Dejamos caer lágrimas también temprano,
antes del amanecer
cuando tal vez la tierra se preparaba para soltar
la plenitud de un día de verano
y sin embargo
estábamos ahí, todos, solos
reunidos por el amor convocante
una imperceptible ligadura nos mantenía constantes,
albergados y eternos
cobijados a una distancia mínima entre nosotros
a una distancia mínima con la muerte y con la vida
a tientas del amor sin límites por nuestro ser amado.

Lentamente sin aviso se instala la angustia.
Como un solidario mensajero del dolor.
Una aguja fina que toca el centro
Y no entendemos nada.
Sólo sentimos esa estrechez
Palpamos esa soledad
Y pensamos el refugio.
Choca el dolor en la pared,
vuelve,
da paso al poema
y en mi pecho el tatuaje de la piedra que lo ha golpeado.

El pasado retorna una y otra vez en los sueños.
Y en los sueños de los sueños .
Y el pasado se parece al peso de la noche cerrada
duele en cada semitono
como un violonchelo desatando su ronco y guardado grito
un viejo grito ahorcado,
extenuado por demasiada sombra
Y se hace prudente dividir la desolación.
Parcelaría.
Sentir los espacios que se abren en el más puro instante.

La verdad juega con su eco en la sutileza
Y una reminiscencia de la piedad es la flecha que atraviesa
el corazón del poema.

Algo se ha soltado
Y nos deja en una nada sin par,
Se ha desprendido en un tramo de piedra
o como un vagón forastero
se ha desenganchado en una acción decidida
de aquel tren del destiempo
y es como si el camino continuara, sin fragmentarse,
en un surco nítido iluminado por un candil invisible.

Cada uno envolvió su dolor en un trapo de colores y se sentó a esperar
o a mirar lo que acontece en una escena detenida
a sentir lo aterido de ese miedo pretencioso de eternidad
mientras el olor del vacío por todas partes
y el mundo sordo para uno
y el mundo cerrado y sordo
y la deseada transformación a un paso de la otra piel ,
muda la noche
y se hace a un paso de otro vacío,

tantea en torno, alrededor
de esta mujer que ha sido besada por la luna
en el Spleen de Baudelaire.

Llevo esa marca como ellos
que están aquí, conmigo
en cualquier parte del lugar
a una distancia mínima.

Un recuerdo se hace prisma en la crin de un caballo de cristal.

Es la Noche Del Día de los Magos
cuando los astros se inclinan sobre nosotros
venciendo nuevamente la máscara
renace el niño con los ojos de luna.
Y todos estamos a su alrededor
a tientas del amor sin límites
a una distancia mínima.

En el suspenso entre dos intensidades
el sol se deja ver en lo inmenso de su crepúsculo.
Antes de acostarse como un amante rojizo sobre la tierra
y hundirse hasta el nuevo Día.

Antes de tocar el horizonte con su piel
nos deja ver sus mejores colores
la tremenda analogía de haber ganado el lujoso centro del corazón.

En la penumbra una verdad juega su apuesta.

Se trata de celebrar las ofrendas de los Magos,
las riquezas guerreras del conocimiento,
de sentir la energía de seguir develando al mundo,
de vivir el plural de la vida
de poder juntar el cielo y la tierra
de mirar al sol de frente, en su crepúsculo,
cuando pareciera comunicarnos parte de su secreto

y en esa misma penumbra
el suspenso de la otra luz...

Un nuevo amanecer estira sus brazos en lo inevitable de lo sucesivo.

Rapsoda

Tal es su nombre.

Tal es su delirio puesto
al servicio de las ruinas de sal
donde la veta de lo humano es fulgurante.

Haber crecido entre los maestros del Gran Arte
portando el saber de escuchar
el misterio de los vivos que nombran la muerte,
desconociéndola.

Su sensibilidad entregada al silencio convocante de las estrellas,
cede al muro hecho coraza
en la imaginación enamorada del sueño
como el ala de un antiguo pájaro que transmutó
el vuelo por la noche.

Ha erigido su lugar entre las aguas profundas de un cielo infinito.
Ha pactado con las entidades de la sombra
haciendo el deleite de situar al mundo
más allá de la necesidad de lo vano
para perpetuarlo en la música de un grillo cansado del verano
parado en la vereda rota
en esquina con el sol
ese que pasa cada tanto dándole de beber la tragedia,

o la misma condición del desamparo de los hombres
y de los dioses.

Y ahí, tal su nombre
renace en la grieta tibia,
en el ascenso del águila,
o en lo que es lo mismo ,

la propiedad de su pasión.

Las viejas heridas a veces se abren

en la humedad de los sueños.

Estocada

Sentir el peso de la pena en el corazón.
Como una mano densa.

Dejar al tiempo hacer su ruta circular.
Y no temer el desmundo del mundo en el cielo próximo
ni en el extranjero.

Mientras la amistad siga envolviendo el dolor,
la vida puede ser ese mismo lugar donde vivimos,
donde somos en la alegría de compartir ,
y tal vez lo único lo más real a compartir
sea un sueño o una ilusión.

Dejar caer el peso de la lágrima,
siempre hay luz en un hueco,
aún en los túneles más sombríos del destino
la fe es ese coraje de vivir en la incertidumbre.

A veces tiramos migas de pan, cosas simples,
actos sencillos que nos llevaron años de purificación
Y tenemos la sabiduría necesaria de no esperar nada.

Como una lluvia dulce la comprensión
es un diálogo que ha sido bendecido.
El dolor azul después de la estocada innumeral,
algo como la compasión,
o la misma furia que se ha relajado después de hacer el amor
y transmutada en tibieza
acerca lo que ha quedado en la otra orilla,
lo mismo, lo diferente,
lo que agrega.

La intensidad se verifica en la primera mirada de esos ojos infinitos.

Leer en el aire entre tantas cosas:

Él júbilo de las hojas verdes trepando al cielo.

Lo que ha permanecido en la transparencia.

El candor de un espíritu cuando la primavera renueva su apuesta
y la inevitable despedida del sol en el poniente.

Y sobre todo eso, esa definición del sol, en su ausencia,
toda una épica del encuentro.

El anhelante desborde de un corazón que gime sofocado,
el tiempo necesario para ceder su temblor
y esparcir las deidades de una intensa emoción

que desaloja definitivamente las prisiones de su sombra.

Un rasgo

Se acurrucó a mi lado.
Se envolvió en la densidad de su niebla
y desapareció.

A veces vuelve como un pentagrama de notas negras,

a veces cuando vuelve,
destroza la memoria
con la piel de aquella canción
entonada entre la respiración de un tambor

y dos vibraciones.

La Nota Disonante

Tantas veces reiteraba el violín su soplo desacertado,
desconfiaba del vértigo desatinado de su nota.
Tantas veces se repetía esa dolorosa disonancia.
Esa soledad seca aplastando la suavidad de los brotes

esa piedra irresoluble
esa escasez del sentido.

Tantas veces las confusiones solicitaron albergues...
un patio húmedo donde poder jugar .

Era un pensamiento que esa nota desenvolvía en el violín,
estirándola
como un arco roto
o un estuche que encerró un deseo del tiempo.

Los caminos se separan del pasado.
Se agotan ciertos versos,
se camina con dudas.

Se desconfía demasiado y eso encapsula el dolor,
lo permanece .

Conozco ese espacio que hay entre las baldosas,
en ese patio al que vuelvo una y otra vez
a jugar sola
a refugiar mi tiempo
Adonde no es tan fácil perderle el miedo al miedo .

Y sin embargo esa cuerda
ese hilo

esa extrañeza empecinada
buscando hacer de eso un manantial
o por lo menos algo del cielo impecable
con la luna exacta,
con la noche en el mejor punto cardinal.

Acorde

La hora del sol intenso ha pasado.
Las marinas acunan sus barcos en la siesta meditada.
Los rincones de la ciudad se llenan de recuerdos
en la memoria siempre nueva de la primavera anhelante.

Tus pasos en la vereda de la infancia.
Las manos temblando debajo de las ropas adolescentes.
Los besos en las calles oscuras de la paralela a la avenida
donde mucho del amor era posible
y la risa invadía de pudor al rostro inocente .
 Toda la dulzura se acumulaba en esos instantes
/escapados del rigor.
Allí se respiraba la vida que sin duda olía a jazmines frescos
/y glicinas.
Era encontrada por el olfato ansioso del deseo fuerte
del deseo vestido de entusiasmo
como el brote que inaugura la rama.

Una vida pudo haberse suspendido en el recuerdo de una caricia
como necesaria condición
de la escala aprendida en un piano prestado.

Tus ojos vinieron con la mirada de un antílope perdido
Y el tiempo se compactó con el espacio
Y fue,
la sede del éxtasis,
el cruce de dos calles en la convergencia del amor.

Hoy dos alfiles atraviesan un tablero de reyes caídos
y la ciudad hace llorar a las horas caminando las tardes muy grises
hasta vaciar viejos sitios de la mente.

Escuchar a Hypnos,
a sus genios, visitantes en mis noches.
Traen la abundancia en sus mensajes.
En las manos de un artesano,
anticipan un lenguaje puro,
un prelude liberando las formas.

Sereno, decisivo,
un acorde suave aproxima en su combinación

la eficacia de dos notas exclusivas.

Para una canción

Te digo
llueve, en el sur.

Y ese tiempo cambia los límites .

Puedo entender.
Siempre llueve antes y más fuerte en el lugar del dolor.

O será que escucho en esta lluvia
o en lo ajeno de esos besos
una plegaria como un pudor violento
como el gemido de un reclamo profundo.

ahora llueve, en el sur.

De tus ojos se escapa una gacela asustada,
tiembla y se ampara detrás de la tarde.
Como siempre que llueve una tristeza antigua reaparece
se quiebra en tu mano y se deja vencer.

Hoy quiero devolvarte en la piel
una luz inédita que una la ternura y la pasión
el ser y el quehacer
el instante de un roce
igual a la perduración de un recuerdo.

Mientras
continúa la lluvia
y en la constancia de su entrega
otorga nuevos sueños a la pubertad de tus manos,
ofrenda tibia de una ilusión verdadera.

Llueve en el sur.

Nueva Fe

Dos silencios
y entre dos silencios lo blando de una verdad.
La vieja piel de un elefante recién nacido.
El pulso de un mito que fracasa.
Un tiempo que vence a otro tiempo.

Cae la coraza y alienta el despliegue,
como un color
se desparrama en sus tonos
desprende del aire, el misterio,
esa roja certeza móvil en el centro de la tarde.

Igual a un ajedrez practicado en la sombra
cambia de posición las voluntades del fuego
y hace necesario imaginarte
sobre el repliegue del día
cuando recorta el espacio de tu perfil
y tu espalda tan próxima
vuelve a nombrar lo majestuoso
en el lugar de otra sombra.

Es noche de luna llena.
Ha pasado el tiempo y se siente el luminoso astro del deseo
abriéndose paso entre la niebla
latiendo
así,
como el halo de esta luna
que precisa compañía en la contemplación.

Todavía hay dolor

Y ese mismo dolor desarrolla fuerza
en el parto de la resurrección.
Acerca un retumbar,
un sonido nuevo
como de después de una gran expiación
como de aire exhalado en el vacío...

juntar lo que hay
y dejar que la noble ciencia, actúe.

Hacerse cuenco vacío donde resuena esa magia.

Mientras el dolor tira sus disfraces,
quema sus máscaras de ira y lujuria,
de pánico y soberbia,
moja la túnica de la tristeza y la imagen es piedra
piedra pequeña que cae en un lago como la serenidad,
forma mutable en la eternidad del cambio,
como este fuego
persistente en el aire
líquido,
igual al oro fundido en el crisol de su honestidad.

Espera la marea de las palabras santas
ese flujo inevitable de la fe.
Y es pañuelo tendido sobre una lámpara
como un anzuelo innecesario.

Antes hubo una frase
o mas bien una pregunta en medio del bullicio
como un disparo atravesó un bosque de robles jóvenes
encendiendo la brevedad de un sueño,
muchos años después.

Lo que se contrae del mar
es la ola que se expande.

Y en su repliegue alberga el momento de verterse,
de desplegar lo que alcanza su punto en la rompiente

y ya es imposible desatender su aroma.

Se han puesto en marcha las fuertes situaciones
un rostro detrás de un vidrio como una cifra exacta
un roce que abre al caos,
la agujoneada inteligencia trepando las defensas
abatiendo al tedio,
y la dulce fragilidad del miedo en el candor.

Tocar el fondo con un ala impasible
sosteniéndose del hilo más genuino de la fe.

Poder esperar el punto del giro
y creer en creer.

La magnitud del relámpago,
preanuncia la dinastía de esta tormenta.

Hoy la risa ha despertado en el lecho de su propia identidad.

El asombro ,

ese signo vital de la poesía.

La filigrana que teje la metáfora.

Lo que ocurre con las glicinas

Entre el temor y el temblor, el estremecimiento.

Ahuecar el susurro y descubrir lo paralelo y con eso pretender
/un rasgo de lo infinito.

Porque ya no me ciega la arrogancia.

Las virtudes esenciales se expanden como decisivos rayos
en las divergencias apenas perceptibles
de una miel heredada.

Lo mejor de ellos está en mí.

Y en esa palpación

el tesoro único como el eco de una línea de inmensa gratitud.

Descorrido el telón

La escenografía no está del todo quieta.

Oscila leve, tenazmente.

Se iguala a la lluvia en la humedad de la madera

a las emociones que se detienen entre el pecho y la garganta
entre la garganta y la pelvis, entre la pelvis y los pies.

Esos que tantean la nueva tierra, entre el temor y el temblor.

A veces muy densos y otras sin gravedad.

Serenos hilos sostienen los pasos.

Como muecas en las velocidades del asombro.

Pensar en desvestir una estrella.

Llegar a su núcleo

Y asimilar su entrañable oscuridad.

Se lo vio crecer en el espacio donde se mueven las glicinas.

Su aparición selló un silencio en la mesa de un café porteño
atravesado de un sol suave, de la mitad del cielo.

Se vio su boca,

Se vieron sus ojos

y sus manos acariciar las tapas de un libro.
Y se volvió a ver su boca entreabierta
como queriendo decir:
"Hay momentos donde todo el mundo es esto: Uno y Otro".

Reapareció cerca de la navidad en una librería,
tan fugazmente como la ráfaga de un perfume
agitando una continuidad.
Y después volvió en la soberana contundencia de un sueño.

Porque hubo de aparecer en un sueño, así,
de la misma forma que tocar una ilusión
o rozar la textura de lo imposible .

Muy pronto ,
cuanto duró la celebración de ese estado de entrelíneas
que es la primavera
hubo de ponerse cara a cara con la audacia de vivir.

Pude descubrir alas en la punta de sus dedos
y entregar el futuro
a la creencia de una nueva fe,
de horizontes más amplios, de sentidos más etéreos.

Era tan grande el deseo como el temor.
Y lo dejé sin respuesta,
lo sometí a un silencio diferente que abrió ventanas
como ojos frescos
cuando lo insoportable volcó su agitación
su excedente

en lo repentino de ese beso.

Hacerle un canal, un lecho a la ansiedad,
escuchar lo que resuena en ese vacío infinito.

El tenue vaivén del aire que desplaza el espacio.
El movimiento de un tallo verde
en la proximidad de un fecundo verano.

Despertar de soñar
ya sin dolor.
Haber transpuesto el umbral
Y saltar el propio abismo.

Luego, recién luego, es el encuentro.
Sin ecos de viejas vanidades y ni siquiera sombras.

Ni nada.
Y nada, y todo por hacer.

Voy a descubrirte no huyas
Te has engarzado en el soporte del amor
y aun no te has dado cuenta.

He visto ese espíritu que hace danzar a las glicinas.

Sobre tu mano, mi piel
En tus labios la fuerte convocatoria
Los sueños inventados, los paraísos perdidos,
la avidez reencontrada.

Entre el temor y el temblor el estremecimiento
Como el trazo de la hondura en el pudor.

La permanencia en un hilo de sal que gravita
y aguarda lo que de lo mismo
es sedimento

y es sed .

Cuatro raíces

Como un diálogo imprevisto, toda imagen alberga un texto.
En esa ciudad de fronteras
donde lo posible ocurre como es,
fascinación del momento eterno.

Tal vez por eso escucho la lluvia que hay dentro de la lluvia
como el texto que escribe su imagen,
y busco en la propia oscuridad
donde los ojos son tocados en el punto anterior al llanto,
cuando estamos en esa densidad habitada por lo divino
en esa conjunción de las cadencias,
la más tenue y remota
entre el rayo y su sombra
mientras recibimos esa lluvia tangencial
Y somos montes abiertos en lo fecundo.

Nuestras gracias y furias despiertan del fuego
y ese fuego
deja expandir sus lenguas en el soporte del aire

Dos cuerpos amándose son dos candiles que iluminan campanas
lanzadas al desborde del tiempo.

Toda imagen alberga un texto.

En las puertas de la aproximación
un sonido de presencias,
una constelación de signos caídos ruega en la piel de las piedras
y resguarda el vapor,
y el vapor es la marca que el fuego nos ha dejado.

Y esa niebla late entre nosotros.

Herida que es tiempo en la cicatriz,
rasgo de lo sinuoso que deja una pausa
adentro del silencio.

Todo texto acuna una imagen.

El agua siempre hace oír su canción.
A veces es rugido,
Y tememos al mar.

Pero en el crisol, siempre aparece el color del nuevo elemento,
siempre nuevo en su propia purificación
siempre nuevo en su capacidad que es su posibilidad.

Hondura que es elevación,
signo que presagia un deseo.

En la hierba, la tierra imantada levanta su reinado.

De las raíces elementales recibimos los dones
Fuego, aire, tierra, agua

Y el espacio entre nosotros se nombra en Dios.

Calle de enero

*Una lágrima es una lengua que habla con innumerables
palabras bajo la santidad del firmamento.*

Nikiforos Bretakos

Enero acerca su fin con una luna llena de cielo impecable.
Bajo su luz somos los habitantes de un mundo descolorido,
ahondamos las calles del dolor y la injusticia
y el canto
es un tono apenas del desgarró y la indignación
una luz que gime.
Un encuentro desvirtuado.

Una lágrima permanece parada en el borde del mundo.
Y desafía.
Las calles han quedado quietas.
Desarmamos los sueños
y somos ahora, insomnes desprevenidos.
Los pasos se tornan pesados con lentitud de caminos interceptados.
Con quebrados pasamos donde asirse.

Esperamos la virtud.
Esperamos la esperanza y la fe.
La fortaleza nos asiste en la templanza.
Esperamos con prudencia a la justicia
y la caridad no es sólo sombra.

Siete lágrimas armarían de nuevo al mundo
en esta noche de enero, en cualquier lugar
donde alguien crea
simplemente, en otro ser humano.

Los Ojos de Atlantis

a Juan Carlos López, a su obra Atlantis.

... Y de la fricción de los cuerpos nació el primer fuego

tal vez fue en ese momento en que la tierra
dejó que ocurra el amor.

Acaso un dibujo pueda ser la escritura de una imagen
sumergida en un océano dorado
o el testigo de un tesoro ahondado en su propia memoria.
De esas miradas asoman los cuerpos
que desnudan la arena.

... Y los cuerpos se funden en otros cuerpos
y en los cuerpos de otros cuerpos
en atléticas cúpulas vacilantes como garras de terciopelo.

Y los seres son fantasmas imbricados
en recintos aéreos o acuáticos
donde el cuerpo es isla
donde el cuerpo es continente.

Y donde siempre la luz es ese múltiplo infinito de la tiniebla.

Un trozo de piedra grita sus presencias.
Y en la extensión de su antiguo laberinto,
se precipitan las formas de un duelo silencioso,
mientras hay enigmas que asoman
con la nitidez de un designio en una noche celestial.
Y los cuerpos se columpian insensatos
como si en el rostro, la soledad
dejara las manos
impresas en las leyendas del miedo.

Ella es la hija del gigante que sostenía al mundo.
Ella se ha perdido en las profundidades.
Pero el imperio de la luz sigue emitiendo las señales

y sólo en la noche vemos los contornos del día que amanece.

Mientras tanto,
escuchamos las memorias al acecho
del tiempo necesario para abrirle ventanas al cielo.

Dimensión

La música de sus palabras
es lo que escucho
 en el suave canto de sus besos dormidos.

Cerrar los ojos y escribir el poema
 cuando su lengua recorre
 las profundidades de mi asombro.

Desviste el tiempo atado a mi muñeca
 desnuda el verano,
abre la instancia donde la travesía se vierte en placer.

Y suaviza lo inmediato.

Detrás de la luna llena
 descubre mi torso desnudo,
 en ese espacio tan igual a su deseo.

Sabe del destino de sus dedos...

 Y transforma mi piel en luz.

Elementos

Tres.

Cuatro que lo contiene.

Y entre ellos

Lo corpóreo y denso que alberga

una textura de la dramaturgia

en el ademán del intento.

Confesiones del azogue

a la obra de Luisa Osdoba

Habla y comparte el secreto de un mundo.
Confiesa su libertad de espuma
y hace nacer al tiempo y al espacio en el destello del reflejo.

Hay astros intactos, imperecederos, únicos .
Y en otros la niebla realiza el tatuaje
cuando el misterio es la fecunda tierra de la intersección.

Como en la crónica de un doble cielo.

Una física del enigma en el amparo del sueño.

La vida entre las bambalinas profundas del destino.

suda,

relatando el hallazgo de lo sucesivo.

Envolturas

De la materia del tiempo y el deseo.
De la sustancia de Cronos y de Eros
en la convergencia de sus luchas,
herederos vamos siendo.

Cuando empieza a caer la noche,
algún fantasma se arriesga en su reaparición.
el amor inflama el breve espacio en que se cierra esa noche
y lo único visible son los humildes ojos de su desalentada niebla.

¿Cómo conjugar un deseo en su proximidad?
¿Cuál sería el tiempo de ese verbo?

Mientras deja de ser gemido nace la pregunta.
Se torna raíz para empezar de nuevo,
dolor transformado,
simiente que esparce contenidos en manos abiertas y anhelantes.

Tallar y pulir.
Hasta que la forma revela
la verdad del diamante.

Pura gracia es la propiedad del amor sobre todas las cosas
un pudor que mana lento de su propia oquedad, de su dulzura.

Seguir soñando me habilita a tener la luna cerca,
tan cerca que casi siento el deleite de respirarla
de acudir a su inimitable influjo
de conocer el secreto de su piedad.

En este instante que distrae el fin, cuando lo cordial es el motivo,

una mujer enmarca su rostro en los nobles ángulos
de una estrella impensable,
abisma el tiempo del mundo,
hace la noche aun más oscura para ver su posibilidad,
deja los silencios como ventanas
frente a un galpón de óxidos y tirantes desbastados.

Ella canta y se une a aquellos pastores
mientras preserva el desafío de lo único que nos distingue
canta y ríe
y en su risa, la inocencia asoma
la frescura de una sábana abierta al sol.

Acuna su morada con la pasión cifrada
en las manos de la ternura y canta,
canta y avanza sobre los misterios inaugurales.

Evoca las penumbras como las envolturas de un tesoro
abre el ojo de la sabia contemplación
y hecha redes en una antigua balada
tallada en un mortero de bronce,
reflejando al absoluto en un destello parcial.

Ya no es él el que trae la confesión íntima de la esperanza
acerca su mano y hace entrever
el tiempo donde duele esa conciencia
cae en un mar detenido pero se aleja
y ya es rasguño
dolor que parte
rastros que deja la perdurable sensación de un final.

Pero la propiedad del amor resurge
y ella entona una pequeña canción de humor amigable
limpia con sus manos
los despojos de un mundo inevitablemente caído.

Rompe la noche y deja ver esa belleza
que es plena en la evocación
o en la añorada recompensa de un dolor que culmina.

Ella transfigura en su canto una huella cercana,
talla y pule la lejanía
hasta revelar en esa perspectiva su verdad,
el secreto de un mundo indudablemente creado
para ser oído en su más pura sensibilidad.

Mientras un oboe suelta su nota,
y el horizonte se desplaza aun más,

un aún más del tiempo
que suena leve como la hoja desprendida del viento
como estas palabras,
para ser oídas juntas.

Ella canta suavemente
y hace un dobléz en la partitura del atril
abre los ojos del asombro,
suelta su nota
y encuentra que

hay mucha música debajo de la piel de las palabras.

Propia Ley

Apenas se entibia la vereda de la avenida

a momentos
puede sentirse con nitidez

no hay principio ni fin
una sola continuidad.

La energía sigue la Ley de Lavoisier
o mejor dicho
su propia ley.

Un padre juega con su hija en la vereda

mientras ella aprehende el amor...

Pausa

Entre la inmanencia y la trascendencia:
la gran metáfora humana,
esa pausa abierta en el suspenso de la travesía.

Nos apoyamos en los símbolos,
nos rodeamos de imágenes
y soportamos el diario coloquio de lo cotidiano
en el escenario donde espía el más allá.

Cuerpos, fantasmas, sueños, recuerdos...
Convivimos entre una y otra vida,
entre una y otra forma,
entre una y otra situación,
en el frágil albergue del momento,

en esa pausa donde late lo infinito.

En la intensidad del instante

al Teuco Castilla

Es en la proximidad del hallazgo donde el hilo sagrado de la luz suspende el brillo sucediendo a la luciérnaga.

Expande la marca de un fuego en la sangre,
puja como el profético sentido en un aleteo purificador
y despliega la palabra plena
la deja caer
la gravita en causa y consecuencia
como remedio privilegiado
en el especial silencio ante lo irremediable.

Hace hablar a las grietas, rincón de lo humano,
especifica lo singular en la veta del diamante,
como memoria de la piedra original.

Perfora el mundo,
lo averigua de cuajo,
lo resplandece en la arqueología de la miel
y encuentra al orfebre en el tallado de su aroma,
la sutil abeja, medio y artífice,
bautizando el destino del poeta
ese que supo desde entonces que *“el mar no cicatriza”*.

La ecuación templada del miedo
cede a una reserva de serena clemencia.
Y la vida emerge como una pasión herida
en el caparazón de una tortuga de cristal.

El deseo es penumbra en la noche del después.

Atraviesa los paisajes de la emoción parida por contacto
con la hechicera blanca,
la impecable nodriza de todos los soñadores,
y es ahí y entonces la posibilidad como realidad del mundo
dentro del evento total.

Lo que seduce del dolor nos desanuda en la inocencia
se cifra en sus ojos azorados
Y se reserva en sus manos amplias de silencios.

Esa flor desconocida de sí, se eleva ingenua y certera
en un campo de cardos.

Nos convoca al encuentro del asombro en el tacto del instante
con la audacia sin par de un coraje desnudo.

Mientras el vacío tapiza la materia y la nada,

vibrando,

en la inexorable contundencia de lo inmediato.

Ahora cuando la misma sangre sana la herida,

juntemos entonces nuestros días.

Alrededor de la tarde

a Jorge Cabrera

Esta hora en la que el sol pone su mano en los edificios laterales.
Hora donde dejamos las armas porque empieza el amor.

Esta hora que es ciertamente dulce porque prevalece en su tibieza.
Soporta lo que es certero y final.

Todavía podemos alejar la muerte, distraerla,
Desatenderla. Desalentarla.
Ella se demora en los ojos de los locos
donde la furia y el pánico son los sellos
de las dos manos que abren la desesperación.

No hubo dios del miedo, no hubo dios del dolor.
Pero la locura fue del dolor su última defensa.

Y luego la apacible tarde de los poemas griegos.
Sus consecuentes secretos.
La única manera de conocerse en la amplia fantasía del deseo
en la grieta movediza del sueño.
En la dulce caricia de la amistad.

Haber dejado de apurar los rumbos.
Hacerse agua y deslizarse.
Juntar caracoles en la costa, para nada, para ningún fin.

Acercarse hasta la orilla
sin haber dejado ninguna tristeza interrumpida,
ningún dolor apremiado.

Solamente el cauce limpio, la tierra abonada,
un poema escrito en una habitación a plena oscuridad.

Una hoja iluminada, abierta en la plenitud de lo otorgado.

Y ese gesto se aproxima alrededor de la tarde,

Como un oportuno modo de estar.

Equilibrio

a Jorge Paolantonio

Una gota de lluvia cae sobre el metal.
Y es sonido la diferencia.

En el fondo, la lluvia en su densidad como un coro en sordina.

Ahí el todo y la parte.
Ahí el contraste.
Ahí la unión.

Mientras la hierba se hunde en sus manos
sentimos el privilegio,
sabemos del brillo, la singularidad de esa gota.
El caprichoso juego de su perfección.

Ahora el viento mueve la noche y vuelve a surgir entre nosotros
el recuerdo.

En suspenso,
la gota siguiente lucha en la tensión de su superficie
y cae,
desprende,
cae.
Y suma.

Y abrimos las manos alojando el corazón en los otros
latiendo con la lluvia en la armonía del contraste,
venciendo los últimos resabios de una defensa innecesaria.

La gota primera ya es agua reunida en la escalera,
ya es otro destino en la ciudad.

Ya es tal vez su primer y único destino,
una sola dirección.
un tiempo creado que continúa a lo largo del día
ese día que madura hora tras hora
y es sólo instante inmenso

y la lluvia de fondo, ese coro invisible
es en la simultaneidad
lo majestuoso del pensamiento engarzado en la emoción .

Lo mismo que puede trasladar una vida
hasta increpar al desvío más cruel

o conquistar el centro mismo del desafío
en el abrazo húmedo del viento.

Destino en cartas mojadas

a Manuel Limeres

Algunas cosas se duermen más temprano que otras.
Hablo de un estado,
sobre la pared
la tristeza es desprendida de un abanico roto.

Cae algo cada vez.
En el mismo lugar de la lágrima
aparece otro tiempo. Renace otra ternura.

Desespera el desamparo y hasta la lluvia protege.
Se torna visible otra tristeza.
Se la puede tocar.

Ahí mismo donde un día vendrá la muerte.
Ahí mismo donde nace el amor y la ocasión de poseerte
algo se desprende y nos abarca en esa parte,
Como una amplificación, un coro del contacto.

Se va en un beso rápido, retorna en el eco de un humo cálido,
con la presencia de un ser amado.

Algo se abriga al escuchar tu voz,
se esperanza en la fortaleza de una decisión.
O en la tenacidad de pronunciar su verdad.

Hablo de un estado donde cuesta sosegar la angustia
algo se angosta y a la misma vez dimensiona la vida.

Desear la vida
doler por la finitud
celebrar lo instantáneo como lo eterno
y saber del final, como mirando una cima.
Tal vez como un nuevo horizonte.

Pedir como único deseo el amor. Ese abrigo del ser.
La más virtuosa de las acciones.
La única intensidad.

Hablo de un estado donde uno hace acuerdos como presagios
y sabe de la ilusión
y del engaño
y de lo incierto.

Entonces piensa que la salvación
es una forma de conjugar la primera persona del plural,
ampliando la situación de un giro en el espacio para albergar
la otra mano.

Cuando gravita la luz de la luna,
el nosotros es dique en los duelos,
fuerza en la fuerza para el conjuro,
causa en la celebración,
ventana abierta en la noche
ruido que viene de los interiores de las casas al atardecer,
cuando hay regresos.

El amor transforma las costas de bordes ríspidos.
Crea ondulaciones.
Crea tibieza.
Tuesta el pan y sabemos que ese olor nos participa.

Hablo de un estado donde el poema se escribe con los ojos cerrados.
Se escucha.

¿Será posible pedir que así sea la muerte?

Una anciana dulce que nos lleve en un abrazo suave,
sin apremios,
con la disposición abierta a la promesa de contarnos otro cuento,
una rutina de versos pequeños,
inseparables
como dos labios que se unen revelando el instante eterno,

o como los animales de un zoológico de cristal
que duermen en sus estuches,
como si pudieran albergar un destino,
un destino humedecido, apropiado y apaciguado
por esa tarotista de las cartas mojadas.

Hablo de un estado:
Una lámpara en la vidriera como un pudor desnudo.

Y el silencio.
Un lienzo fino que olvidó sus ojos en la pared.

Tres Planos

Temprano,
los automóviles despiertan sobre la densidad del pavimento.

Sirenas tardías de patrulleros y ambulancias
aumentan el ruido en la ciudad.
Es primavera.

Los gorriones se imponen sobre el plano anterior
Imagino sus ojitos y el aleteo ansioso.

Mas acá un levísimo movimiento.

En el tercer plano
la confluencia.
El tiempo juega,
se mece en el aire
me cuenta el ligero espacio donde la ternura da a luz
una nueva versión del abismo.

La cualidad de lo contenido en su despliegue.
El invariable aroma, atenuado.

Un giro más
y el tiempo se deshace.
Sólo la vibración.
Una cuerda agitándose en la nada.

Lo impecable de lo que simplemente
es.

Dos

Oír la eterna convocatoria.

Un llamado clama otro llamado
Un desgarró de campanas soltando sus badajos al viento.
Y nos unimos desde allí
donde dos pájaros tienden lazos de tulipanes en la intrepidez
/de la mañana.

Uno inicia la dimensión de la luz
Y atraviesa los telones violáceos del amanecer,
el otro desaparece en un eclipse de astros ocultos
como un panorama frecuente de la oscuridad

y entonces cavamos el gesto pueril del asombro
con una interrogación
como una abertura derivada en camino ,
el de dos seres diferentes
en la entrega del verbo incondicional.

Lo ilimitado del cielo muestra en el recorte de la ventana
dos estrellas.
La ciudad algo despierta todavía,
recibe algunas nubes

y una emoción extraña se aloja en esta muela del tiempo,
el espacio de encuentro entre dos llamados.

Paralelas

Conviven en la ráfaga.

Guardan el movimiento,
en velos rasgados

albergando la cuna
en la pluralidad de los pliegues.

Condición

En la pausa, después de la estocada,
atiendo a las cosas que ocurren mientras ocurren las cosas.
Pequeñas cosas, imperceptibles momentos, acciones pequeñas,
como aleteos insensatos o respiraciones cortitas
en los intervalos donde asoma
la luz de un sol avergonzado entre antiguas montañas.

Escucho el gemido en el patio de una niña triste
acurrucada sobre sí
en la contracción de una gran pena.
Padecía la tristeza.
La sombra de un pesado sueño
la había distanciado de los seres y de las cosas.
Un aguijón enclavado en el encanto de un telar,
como un dolor permanente agrediendo su color.

Un envejecido grito haciéndose gemido en la repetición.

En los recuerdos hay detalles que persisten y se amplifican
en escenas indelebles.
La lluvia es cómplice de esa situación
Y los amontonados recuerdos caen,
Se desprenden de bloques aun más compactos,
más antiguos, caen
y pesan sobre el alma.

Hay movimientos en los recuerdos,
dentro del recuerdo
que insisten haciéndose notar, pidiendo amparo
tratando de protagonizar el presente viniendo de lo remoto.
O acaso será ése el presente?

La nitidez de la estocada hiriendo al fantasma mayor.

No hay a quien.

Ha caído esa referencia de túneles,
esa red invisible que aceptaba el reto.
Se acerca lo irreducible, lo duro, lo ancestral
lo igual a una lápida
colocar esa lápida, asegurarse un entierro
y crear la estrategia espontánea
de confiar en la caricia de los elementos.

Ahora hay nubes blancas
densas, celosas,
como Venus
celan el encuentro de Eros y Pisquis
condenado a la oscuridad,

donde los poetas ponemos la palabra
y soñamos el sueño de recuperar el futuro.

En estos instantes la luna llena besa al mar
como un cenital impecable en la escena del mundo
y bautiza la génesis de la noche expectante

por un rato retengo en mí la intensidad de ese azul
sucesor de la noche
cuando se abre al día.

La espada y la sangre son una en la estocada.

El campo centrífugo del revés de un volcán.

Índice

Piedra de alumbre /7
Danza /8
La Noche del Día de los Magos /9
Rapsoda /13
Estocada /17
Un rasgo /19
La Nota Disonante /20
Acorde /22
Para una canción /24
Nueva fe /25
Lo que ocurre con las glicinas /31
Cuatro raíces /34
Calle de enero /36
Los Ojos de Atlantis /37
Dimensión /39
Elementos /40
Confesiones del azogue /41
Envolturas /45
Propia Ley /48
Pausa /49
En la intensidad del instante /50
Alrededor de la tarde /55
Equilibrio /57
Destino en cartas mojadas /59
Tres Planos /62
Dos /63
Paralelas /64
Condición /65
Después/67
Índice /68